

su propósito. En uno de estos diarios encuentros fué herido Cortés en una pierna y aun hubiera muerto si no hubiere sido la consigna hacerlo prisionero vivo para sacrificarlo á sus dioses, como lo fueron otros españoles cuyas cabezas arrojaron los sitiados desde las alturas á los sitiadores.

Los combates en el lago entre los bergantines y las canoas de los sitiados eran sin intermisión: aunque muy lentamente y palmo á palmo, la ciudad se iba perdiendo para los sitiados: mas Cortés quería consumir su comenzada obra y propuso segunda vez al emperador la paz, la que también fué rehusada no obstante el parecer de la nobleza; porque CUAUHEMOC se había propuesto ó triunfar ó morir en la demanda, sin embargo de no contar ya el desventurado monarca con más auxilio, y sí con la defeción terrible de todas las ciudades del Valle, y la participación en la guerra de exterminio de las poderosas naciones de los totonacos, mixtecos, otómies, tlahuicas, cohixcas, matlazincas, cholutecas, huexotzincas, tlaxcaltecas y otras naciones. Había llegado el momento terrible, la mitad del imperio estaba en armas contra la capital, la otra mitad miraba con estoica indiferencia los males y la completa pérdida de la nacionalidad mexicana. Esta es la suerte que casi siempre toca á las grandes capitales de las naciones que no se han acordado de favorecer en venturosos días á las de provincia, sino que todo lo han querido por sí y para sí.

Sin embargo, Cortés notó que llevaba cuarenta y cinco días de asediar la capital del imperio y que aun no era su dueño: pensó que si no hacía un poderoso impulso se prolongaba la lucha, se desalentaban los aliados, se consumían las municiones y se exponía á retroceder y perderlo todo. Así es que determinó estrechar más y más el sitio y dictó sus órdenes con este fin. Dispuso que se destruyeran los edificios y que con los escombros se cegaran las acequias, canales y fosos, con cuya medida consiguió hacerse de más de la mitad de la capital y reducir á los sitiados al punto de Tlaltelolco y sus estrechas adyacencias.

En los primeros días del mes de Agosto forzó el asedio y día á día se presentaba este lúgubre y horrendo cuadro. Los descomunales gritos de los combatientes, el choque de las armas, el zumbido de las ballestas y piedras, la detonación de los cañones y mosquetería, el humo, flamas y crujir de las maderas de los incendiados edificios, el estruendo de los desplomes y derrumbes, los lamentos y lágrimas de los niños y mujeres, el quejido lastimero del herido y el moribundo, las maldiciones é insultos recíprocos de los beligerantes, las aguas tintas de sangre, la miseria, el hambre, la peste, la languidez de los sitiados, la desolación y la muerte envueltas en el fétido viento infestado por las emanaciones mefíticas de los insepultos cadáveres tirados en las calles. ¡Horrible situación!

Y en estos desesperados momentos ¿qué hacía el indomable, el gigante de la defensa, el inmortal CUAUHE-

moc? Animar á los suyos, atender á los debilitados puntos, cerrar más y más los atrincheramientos, hacinar los obstáculos para los asaltantes y batirse personalmente de trinchera en trinchera, de parapeto en parapeto, despreciando la postrera oferta de la paz, brindada después de tantos sacrificios.

Estas son las escenas de muerte y destrucción que tuvieron lugar durante los 20 días que mediaron entre el 24 de Julio al 13 de Agosto de 1521 en que sucumbiera la Gran Tenochtitlán, y fueran vencidos sus incomparables defensores, ocupando la ciudad las poderosas armas castellanas.

Debiéramos continuar, pero no, corramos uno velo á lo pasado.

Cuando ya no había remedio alguno, cuando todo estaba perdido, menos el honor nacional que se conservaba intacto y puro. CUAUHEMOC, acompañado de la emperatriz TEQUICHPOTZIN, del rey de Acolhuacán COANACOATZIN, el de Tlacopan, TETLEPANQUETZALTZIN, y otros altos personajes de la familia real, buscó en una barca y en la evasión el salvamento personal, con el ánimo de hallar fuera los elementos con que proseguir la guerra; pero la fatalidad ó la mano del destino hizo que con su séquito cayera prisionero en manos de Holguín despachado por Cortés con el objeto de capturar á los fugitivos por la necesidad y la pérdida total de cuantos elementos se reunieron para la defensa.

En este momento angustioso y solemne, en este trance terrible y desesperante, en esta posición de vergüenza y desconsuelo, el poderoso monarca se mostró como siempre, digno, esforzado y valeroso, adelantándose á Holguín, y diciéndole: "SOY VUESTRO PRISIONERO, Y NO OS PIDO SI NO QUE TRATEIS Á LA REINA MI ESPOSA Y Á SUS DAMAS CON EL RESPETO DEBIDO Á SU SEXO Y CONDICIÓN." Le fué concedido, y presentado al gran conquistador le dirigió la palabra de este modo: "HE HECHO EN MI DEFENSA Y EN LA DE MIS SUBDITOS, CUANTO EXIGÍAN DE MI EL HONOR DE MI CORONA Y EL AMOR DE MIS PUEBLOS; PERO LOS DIOS HAN SIDO CONTRARIOS Á MI RESOLUCIÓN, Y AHORA ME VEO SIN CORONA Y SIN LIBERTAD. SOY VUESTRO PRISIONERO; DISPONED COMO GUSTEIS DE MI PERSONA: y posando la mano en el puñal que Cortés llevaba al cinto, le agregó: "QUITADME LA VIDA, YA QUE NO HE SABIDO PERDERLA EN DEFENSA DE MI REINO."

En esta dolorosa entrevista el destronado monarca imploró gracia para sus vasallos, suplicando á Cortés ordenase se suspendiese la matanza, y éste le rogó librase las suyas para que todos depusieran las armas. Ambas cosas tuvieron su cumplimiento y CUAUHEMOC con su familia pasó á uno de los palacios en calidad de prisionero, pero tratado con dignidad y decoro.

Pero como la ambición jamás deja de asestar sus emponzoñados dardos para oscurecer la gloria y la grandeza de los hombres, Cortés se dejó seducir y cediendo á sugerencias de algunos de sus subordinados que buscaban con ansia el tesoro real, consintió en que se diera tormen-

to al joven monarca colocándolo descalzo sobre un brazo encendido para que confesase el lugar en que se hallaban las riquezas de la corona. Acción poco noble, poco decente, bárbara é inhumana; acción que pesa sobre la grandeza del conquistador, y que empaña su valeroso arrojo al emprender su obra colosal y conseguir la diadema de la inmortalidad.

El hijo de Anáhuac, el denodado defensor de Tenochtitlán, el postrer emperador de México, sufrió el tormento con la serenidad de una conciencia pura, con la resolución de los mártires, con la calma del heroísmo; pero nada consiguieron sus verdugos.

El sitio de México—dice el historiador Clavijero—comparable al de Jerusalem en desgracias y estragos, duró 75 días, en cuyo tiempo murieron algunos millares de los 200,000 aliados que se hallaban presentes, y de 900 españoles más de 100. Se ignora el número de los mexicanos muertos, pero según los datos de Cortés, Bernal Díaz y otros historiadores, pasaron de 100,000 sin contar los que murieron de hambre ó enfermedad ocasionada por la mala agua que bebían, ó de la infección del aire, que según el mismo Cortés, fueron más de 50,000. El rey de México á pesar de las magníficas promesas del general español, fué después de algunos días puesto ignominiosamente en la tortura, que soportó con invicta constancia, para obligarlo á declarar donde estaban ocultas las inmensas riquezas de la corte y de los templos."

No es sólo Clavijero el que hace esta confesión: sobre este punto todos los historiadores y cronistas están de acuerdo, y todos repugnan el consentimiento del gran capitán, que jamás debió permitir una tortura inicua y deshonrosa para los ejecutores, y que sólo debía servir en

la posterioridad, como ha sido, de un buen laurel más á la corona de gloria que ciñó las sienes de CUAUHEMOC.

Entró la calma y el arreglo de otros asuntos altamente necesarios para el restablecimiento de la turbada paz; y Cortés conservó á su lado al emperador de México y á los reyes de Tlacopan y Texcoco, hasta que emprendió la expedición sobre las Hibueras, á cuya jornada hizo que le acompañaran estos desgraciados señores.

Llegó el conquistador á Izacnanc, y bien porque le fuesen estorbosos sus prisioneros, que no dejó en México por temor de un alzamiento durante su ausencia, bien porque ellos imprudentemente dejaran escapar alguna frase durante la expedición, bien porque tuvo dormida su injustificable venganza, contra los denodados campeones de Anáhuac, ó bien porque quiso destruir con un golpe más, las esperanzas de los vencidos, el caso es que el martes de carnaval de 1525, los mandó ahorcar de unas ceibas, ¹ dejando expuestos los cadáveres, no como el símbolo de la justicia, sino como el espectáculo de la iniquidad y la infamia, porque en realidad, nada hay que justifique estos fríos asesinatos.

Murió CUAUHEMOTZIN, es verdad; pero ni la hidrofóbica ambición de sus verdugos, ni la mala querencia de algunos historiadores raquíticos y parciales, ni el empeño tenaz de eclipsar las glorias patrias, y ni el tiempo con su destructora guadaña, han logrado borrar de la memoria del pueblo mexicano el sacrosanto nombre de su postrero emperador, del gran CUAUHEMOTZIN."

Pérez Fernández. Diccionario Geográfico y Estadístico de la República Mexicana. Tomo 4, pág. 577.

¹ En un lugar llamado Hueymollan, que no se ha podido fijar. (Nota del autor).



EXPLICACION DE LAS LÁMINAS.

- Lámina 1.—Trofeo de armas mexicanas. Escudo quetzalxical—coliuqui—chimalli. Divisa fija ó quetzalpatzactli de Von Hochstetter; macana, dardos, hacha de diorita, atlatl y masa chichimeca.
- Lámina 2.—Trofeo mexicano. Escudo Texaxacalo—chimalli, de Tlaxcala y divisa Quetzal—tonatiuh.
- Lámina 3.—Trofeo mexicano. Escudo Quetzal—cuexyochimalli, del Museo de México. Divisa Tlahuizmatla—xopilli, macanas, dardos, atlatl, masa totanaca de piedra colgante de un lazo; masa chichimeca de madera.
- Lámina 4.—Trofeo mexicano. Escudo A—nahua—yo, con anillos de oro, en campo azul para el jefe del Ejército. Divisa Cua—xolotl del jefe supremo. Sonajas de oro para el mismo; honda, macana, atlatl, flechas.
- Lámina 5.—Divisa fija. Quetzal—tonatiuh, de México y de Tlaxcala.
- Lámina 6.—Escudos de armas de México y signos jeroglíficos de Tenochtitlán.
- Lámina 7.—Escudo con las armas de México de la época colonial.
- Lámina 8.—Armas de México de la Fuente monumental del Salto del Agua, de 4 de Julio de 1523.
- Lámina 9.—Monumento de Cuiclahuac—Borrado el escudo colonial de las armas de México, se puso en su lugar una inscripción que recuerda la derrota de la "Noche triste."
- Láminas 10, 11 y 12.—Pormenores del monumento anterior.
- Lámina 13.—Trofeos militares de los tlaxcaltecas. Escudos de sus cabeceras. Dibujo del pintor Diódoro Serrano. Lienzo de Tlaxcala.
- Lámina 14.—Escudos tlaxcaltecas de Napatecutli y Tzacaneuilo—chimalli.
- Lámina 15.—Escudos de una pintura original del Museo de México.
- Lámina 16.—Escudos de diversas formas del "Lienzo de Tlaxcala."
- Lámina 17.—Escudos de la pintura original del Museo de México.
- Lámina 18.—Rodela de Moctezuma.
- Lámina 19.—Pormenores de la Rodela de Moctezuma.
- Lámina 20.—Armas antiguas del "Lienzo de Tlaxcala."
- Lámina 21.—Escudos mexicanos conservados en Austria.
- Lámina 22.—Armas tlaluicas del Monumento de Xochicalco.
- Lámina 23.—Escudo del Rey Axayacatl, del Monumento arqueológico de Cuernavaca.
- Lámina 24.—Arco mexicano conservado en el Museo de Armas de Bruselas.
- Lámina 25.—Coatopilli ó cetro real. Museo de México.
- Lámina 26.—Cuchillos mexicanos; trabajos de mosaico de turquesas, diorita, concha y pedacitos de oro; de los Museos de Londres y de Roma.
- Lámina 27.—Hacha de diorita del Museo de Berlin.
- Láminas 28, 29, 30 y 31.—Grados militares según el "Códice de Mendoza."
- Láminas de la 32 á la 45.—Trajes, escudos y divisas del "Libro de Tributos" del Museo Nacional y del "Códice de Mendoza."
- Láminas 46, 47 y 48.—Casco guerrero del dios Xipe, fragmento de una estatua encontrada en Texcoco.
- Láminas 49 y 50.—Trajes guerreros y vestidos de Reyes mexicanos de la obra de Fray Diego Durán.